

Diáspora y literatura

Indicios de una ciudadanía postnacional

... Las dejé desfilar: venían de mí, cargadas conmigo, con esa maraña heterogénea de cosas que evidentemente soy, y no tuve valor para interrumpirlas... Esperaba, quizás, que acabaran llevándome al país que vislumbrara Martí.

ORLANDO GONZÁLEZ ESTEVA

EL NACIMIENTO DE OTRA NOCIÓN

En febrero de 1994, el filósofo norteamericano Richard Rorty publicó en *The New York Times* un artículo, titulado «The Unpatriotic Academy», que reactivaría el viejo debate occidental entre patriotismo y cosmopolitismo. Por el contrario de Harold Bloom, quien había publicado su libro *The Western Canon* ese mismo año, Rorty, desde la izquierda académica, le reprochaba al multiculturalismo postmoderno, ya no que institucionalizara el rencor y la queja, sino que, en «nombre de una política de la diferencia repudiara la idea de La identidad nacional y la emoción del orgullo nacional».¹ El artículo provocó la reacción de Martha Nussbaum quien, siguiendo a Kant, defendió la idea ilustrada de una pedagogía universalista, y luego otros cuatro intelectuales norteamericanos, Anthony Appiah, Amy Gutmann, Charles Taylor y Michael Walzer, se sumaron a la querrela, recurriendo a la maña aristotélica del gusto medio: ni cosmopolitismo antipatriótico ni nacionalismo antiuniversal.²

Es curioso que el italiano haya sido el medio intelectual europeo donde la polémica tuvo un mayor eco. El

Rafael Rojas

¹ Richard Rorty, *et. al.*, *Cosmopolitas, o patriotas*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 1997, p. 28.

² *Ibid.*, pp. 45-64.

filósofo liberal Norberto Bobbio argumentó que el nacionalismo, a diferencia de lo que muchos republicanos creen, no es un sustrato ideológico favorable para la construcción democrática. Del otro lado, Gian Enrico Rusconi, autor de *Si dejamos de ser una nación* (1993) y de *Patrias pequeñas, mundo grande* (1995), insistía en que Italia, por su tardía unificación nacional y por la mala conciencia del nacionalismo fascista, necesitaba de una moral cívica y patriótica para afianzar su transición a la democracia.³ Creo apropiado trasladar el debate al caso cubano no sólo porque Cuba, por el doble hecho de hacer frontera con los Estados Unidos y ser también un país migratorio, construido por inmigrantes y emigrados, ya siente los efectos de una cultura postnacional, sino porque, al igual que el italiano, el nacionalismo insular es romántico tardío, del siglo XIX, y también produce un orden totalitario, aunque comunista, en el siglo XX.

El nacionalismo cubano es una mentalidad, un discurso y una práctica cultural de ciertas élites criollas, sobre todo blancas y mestizas, de los dos últimos siglos; pero la nación cubana es la hechura social de pequeñas y grandes inmigraciones, como la africana, la española, la china, la judía, la norteamericana o la rusa. Aunque a finales del siglo XIX hubo exilio de minorías intelectuales y políticas a Madrid, Nueva Orleans o Nueva York y, sobre todo, una importante emigración trabajadora a Tampa y Cayo Hueso, hasta principios de los años 60 de este siglo, tuvo más peso la inmigración que el exilio en la historia social de Cuba. A partir del triunfo de la Revolución en 1959 y del establecimiento de un régimen comunista en 1961 este proceso se invirtió radicalmente y la sociedad cubana comenzó a generar más exilio que inmigración. El nuevo movimiento migratorio, hacia afuera, no sólo fue mucho más cuantioso que el del siglo XIX, sino que estuvo más repartido entre los Estados Unidos y algunos países europeos y latinoamericanos, en especial, España, Francia, México, Colombia, Venezuela y Puerto Rico. El exilio cubano siempre fue diaspórico; sólo que hoy, por la densidad demográfica que alcanzan sus distintas colonias, dicha condición se hace más tangible.

Cuenta Guillermo Cabrera Infante que fue Calvert Casey quien primero aludió al exilio de la isla como una *diáspora*.⁴ Es curioso y, a la vez, comprensible que dicha noción aparezca en la obra de un escritor norteamericano-cubano, nacido en Baltimore, formado intelectualmente en La Habana y exiliado en Roma, donde se suicidó a mediados de los 60. En este caso, el uso del término, inspirado en el motivo bíblico de la errancia judía, proviene, pues, de la vida nómada del autor de ese sintomático cuento titulado «El regreso». El tipo de identidad que dos décadas después producirán algunos escritores cubano-americanos, como Oscar Hijuelos, Virgil Suárez, Cristina García, Roberto Fernández, Gustavo Pérez Firmat y Antonio Vera León, viene siendo

³ *Ibid.*, pp. 16-19 y 65-90; ver también Antonella Attili, *La política y la izquierda de fin de siglo*. México: Cal y Arena, 1997, pp. 81-108.

⁴ Guillermo Cabrera Infante, *Mea Cuba*. México: Editorial Vuelta, 1993, p. 375.

un viaje en sentido contrario al de Casey. La hibridez de estos autores es, por lo general, de raíz binaria: dos lenguas, dos costumbres, dos políticas, dos culturas, dos naciones. El acomodo a ese biculturalismo suscita una estetización del limbo, de la vida entre dos aguas: *life on the hyphen* le llama Gustavo Pérez Firmat; *sujeto di-vertido* le llama Antonio Vera León.⁵

Más que una subjetividad nómada la experiencia cubano-americana podría implicar un nuevo tipo de sedentarismo que recurre a la localización bicultural de una frontera demasiado fija.⁶ De ahí, tal vez, esa sutil resistencia a una noción radicalmente traslaticia, como la de diáspora, que ya comienza a observarse en esta literatura.⁷ Desde mediados de los 80 los autores cubano-americanos abrieron un campo literario que rechaza la idea de *exilio*, por su infatuada política de la nostalgia; ahora, a fines de los 90, ese campo literario, en tanto figuración de un *ethnos* minoritario dentro de los Estados Unidos, probablemente se cierre ante la emergencia de poéticas diaspóricas, cuya representación de la frontera es más móvil, desterritorializada y, en resumidas cuentas, más cosmopolita. Paradójicamente, muchos intelectuales de la isla también rechazan la noción de exilio, por su carga política, y prefieren el término neutro de *emigración*, aunque algunos ya aceptan el concepto de diáspora.⁸

Vale señalar que este nuevo mapa de las identidades está conformado no sólo por experiencias y poéticas personales, sino por prácticas movedizas de la escritura. En la poesía, por ejemplo, es más rara la formulación de una estética bilingüe y bicultural. Dos de los poetas más importantes del exilio cubano, José Kozler y Orlando González Esteva, que siempre han escrito en español, difícilmente podrían enmarcarse en el *cuban-american way*. El primero, por su identidad judía, sus peregrinaciones latinoamericanas y su actual residencia en Málaga, después de 35 años en Nueva York, prefiere considerarse una criatura *et mutabile*, un «alma arrojadiza despidiendo sus atributos».⁹ El segundo, quien siempre ha vivido en Miami, aunque ha publicado casi toda su obra en México, está muy cerca de ese patriotismo literario del primer exilio que se empeña en recobrar, a través de la imagen, el paraíso perdido de la cubanidad.¹⁰ Tal vez el

⁵ Gustavo Pérez Firmat, *Life on the Hyphen. The Cuban American Way*. Austin: University of Texas Press, 1994, pp. 1-20 y *Next Year in Cuba. A Cubano's Coming of Age in America*. New York: Doubleday, 1995, pp. 1-12 y 267-274; Antonio Vera León, «Beckett en La Habana (sujetos biculturales y escrituras bilingües)», en *Cuba: la isla posible*. Barcelona: Ediciones Destino, 1995, pp. 67-77.

⁶ Homi K. Bhabha, *The Location of Culture*. London & New York: Routledge, pp. 212-235.

⁷ Las críticas de Pérez Firmat a la ausencia de escenas neoyorquinas en la poesía de José Kozler tal vez se encaminan en esa dirección. Gustavo Pérez Firmat, *Life on the Hyphen. The Cuban American Way*. Austin: University of Texas Press, 1994, pp. 156-180.

⁸ Víctor Fowler, «Miradas a la identidad de la literatura de la diáspora», *Revista Temas*. La Habana, abril-junio de 1996, N° 6, pp. 122-132. Mi único reparo a este magnífico ensayo sería, precisamente, que su autor sugiere una contraposición binaria entre los conceptos de *diáspora* y *exilio*.

⁹ José Kozler, *AAA1144*, México: Verdehalago, 1997, p. 27.

¹⁰ Esto se observa en casi toda la poesía de González Esteva, desde *Mañanas de la poesía* hasta *Escrito para borrar*; aunque un reciente libro de prosa lo expresa con singular claridad: *Cuerpos en bandeja. Frutas y erotismo en Cuba*. México: Artes de México, 1998

único poeta plenamente cubano-americano sea el propio Gustavo Pérez Firmat, como se muestra en *Equivocaciones* y, sobre todo, en *Bilingual Blues*. A unos versos de Heberto Padilla, «¿cómo puede seguir uno viviendo / con dos lenguas, dos casas, dos nostalgias / dos tentaciones, dos melancolías?», Pérez Firmat responde: «y yo te respondo, Heberto, talmúdicamente: / ¿cómo no seguir viviendo con dos / lenguas casas nostalgias tentaciones melancolías? / Porque no puedo apuntarme una lengua, / ni tumbar una casa / ni enterrar una melancolía».¹¹

La memoria de Kozer, en cambio, es diaspórica desde el momento en que superpone el legado errante de su raíz étnica a la doble experiencia de un exilio familiar y nacional: «todas las tiendas de La Habana se han cerrado,/ los obreros se han puesto a desfilar enardecidos,/ y mi padre, judío polvoriento,/ carga de nuevo las arcas de la ley cuando sale de Cuba».¹² González Esteva, desde un exilio más tradicional, nos ofrece, por su parte, otra política de la memoria y otra poética del éxodo: la escritura en la distancia como el regreso a un lugar de origen que ha sido previamente sacralizado por la *anamnesis*. Es curioso que al evocar aquella escena de *El color del verano* de Reinaldo Arenas, en la que la isla abandona su plataforma y navega sin rumbo, alegoría de eso que Iván de la Nuez llama «la balsa perpetua», González Esteva rearticule el mito origenista del nacimiento de Cuba dentro de la poesía, de la génesis por la imagen: «esta visión de Arenas de una Cuba trashumante, lejos de ser un presagio, bien pudo ser una reminiscencia de quién sabe qué circunnavigaciones efectuadas por la isla en épocas in memoriales».¹³ Pero la fijeza de González Esteva se distingue de la de Lezama porque no proviene de la estetización de un paisaje accesible, sino de una pérdida, de un descentramiento fundacional: el destierro.

En todo caso la experiencia cubano-americana no sólo es la más híbrida de la diáspora por su densidad demográfica, sino por el hecho de transcurrir dentro de una comunidad multiétnica y multinacional por antonomasia. En los Estados Unidos, aquellas políticas de la postmodernidad que conducen al perfilamiento jurídico de una ciudadanía multicultural, y que trascienden el modelo cívico del nacionalismo republicano, han sido más tempranas y eficaces que en Europa o América Latina.¹⁴ Sin embargo, la cultura cubano-ameri-

¹¹ Roberto Durán, Judith Ortiz Cofer y Gustavo Pérez Firmat, *Triple Crown*. Tempe, Arizona: Bilingual Press, 1987, p. 159.

¹² José Kozer, *The Ark Upon the Number*. New York: Cross-Cultural Communications, 1989, p. 6. Ver también la sección «Diáspora» de su libro *Y así tomaron posesión en las ciudades*. México: UNAM, 1979, pp. 3-10.

¹³ Orlando González Esteva, *Cuerpos en bandeja*. México: Artes de México, 1998, p. 115.

¹⁴ Will Kymlicka, *Multicultural Citizen: Chip a Liberal Theory of Minority Rights*. Oxford: Clarendon Press, 1995, pp. 10-33; Georgie Anne Geyer, *Americans No More*. New York: The Atlantic Monthly Press, 1996, pp. 56-94; Jurgen Habermas, *Más allá del Estado nacional*. México: FCE, 1998, pp. 29-39; Etienne Balibar & Immanuel Wallerstein, *Race, Nation, Class*. New York: Verso, 1991, pp. 37-67; Carlos Thiebout, *Vindicación del ciudadano. Un sujeto reflexivo en una sociedad compleja*. Barcelona: Paidós, 1998, pp. 275-282.

cana es sólo un lugar de la diáspora y no toda o la única diáspora, ya que el término alude, justamente, a un descentramiento, a una atomización traslaticia, a una fragmentación del territorio por medio de la errancia o, si se quiere, a un ejercicio radical de eso que Eugenio Trias ha llamado «la lógica del límite».¹⁵ No veo, pues, una relación excluyente entre los conceptos de diáspora y exilio, ya que la primera quiere significar el conjunto de todos los espacios migratorios, mientras que el segundo se refiere a un tipo específico de emigración: aquélla que concibe el éxodo como destierro nacional, como viaje hacia la oposición política.¹⁶ Dicho gráficamente: Miami es un lugar de la diáspora, pero la mayoría de sus habitantes aún vive en el exilio.¹⁷

Esto no quiere decir, en modo alguno, que una cultura territorializada por la política del exilio, como la de Miami, sea propiamente *nacional*. A pesar de que Miami parezca un santuario de la cubanidad y que sus habitantes reproduzcan los cánones morales del nacionalismo cubano, cada día, esa comunidad está más cerca de pertenecer a un *etnos* que a una nación. Lo mismo, en mayor o menor medida, está sucediendo con todas las colonias de la diáspora cubana en Europa y América Latina: cubano-españoles, cubano-mexicanos, cubano-colombianos, cubano-puertorriqueños... La globalización, como advierte Saskia Sassen, produce en los *ghettos* de inmigrantes un desplazamiento del «nacionalismo cerrado» por el «etnicismo abierto».¹⁸ De ahí que si el ritmo de la emigración legal, iniciado en 1994, se mantiene en los próximos años, a principios del siglo XXI más de 3 millones de cubanos conformarán una ciudadanía postnacional étnica y culturalmente heterogénea. La emergencia de ese sujeto nos hace regresar, pues, a la cadena de preguntas que suscitó el debate entre cosmopolitas y patriotas: ¿será esa ciudadanía postnacional un sujeto de derechos políticos en una Cuba democrática? ¿Favorecerá la naciente democracia cubana esas políticas postmodernas de la diáspora? ¿Es posible una democracia sin un modelo cívico republicano?, o mejor, ¿es concebible un modelo cívico republicano sin una identidad nacional, aunque sea débil, crítica o abierta?¹⁹

CIUDADANOS DEL NO LUGAR

La literatura, como ha demostrado Michel de Certeau, es siempre una «pro-

¹⁵ Sigo aquí las ideas de James Clifford en *Routes. Travel and Translation in the Late Twenty Century*. Cambridge, Mass: Harvard University Press, 1997, pp. 244-277.

¹⁶ Elazar Barkan & Marie-Denise Shelton, *Borders, Exiles, Diasporas*. Standford: Standford University Press, 1998, pp. 1-11.

¹⁷ Iván de La Nuez, *La balsa perpetua. Soledad y conexiones de la cultura cubana*. Barcelona: Editorial Casiopea, 1998, pp. 137-144.

¹⁸ Saskia Sassen, *Globalization and its Discontentes. Essays on the New Movility of People and Money*. New York: The New York Press, 1998, pp. 31-53.

¹⁹ Uno de los más honestos esfuerzos por resolver este dilema se encuentra en Pheng Cheah y Bruce Robbins, *Cosmopolitics. Thinking and Feeling Beyond the Nation*. Minneapolis: University of Minesota Press, 1998, pp. 1-41.

ducción de lugares». ²⁰ La naturaleza profética, más que utópica, de toda narrativa está dada por la insinuación de aquellos sujetos que aún no verifican sus prácticas en la historia. Entrelazando esta idea de Michel de Certeau con otra de Carlo Ginzburg, podría decirse que la literatura, además de *lugares*, produce *indicios* de una subjetividad, de una ciudadanía cultural y política. ²¹ ¿Qué lugar o qué ciudadanía narran los escritores de la diáspora cubana? Es sugerente pensar que se trata del *no lugar* de una ciudadanía postnacional, es decir, del territorio de esa «comunidad que viene», desprovista de las figuraciones románticas del espíritu de la nación y aferrada a los ejercicios anónimos del cuerpo de su civilidad. ²²

Guillermo Cabrera Infante en Londres, María Elena Blanco en Viena, René Vázquez Díaz en Estocolmo, Zoe Valdés en París, Jesús Díaz en Madrid, Eliseo Alberto en México, Carlos Victoria en Miami, Leonardo Padura Fuentes en La Habana... narran el mismo lugar del futuro desde distintos lugares del presente. Esa operación, involuntariamente colectiva, es similar a los reflejos múltiples de las mónadas de Leibniz, que, al decir del gran filósofo francés Gilles Deleuze, conforman una suerte de polifonía barroca, una «disonante armonía»: ventanas, espejos, miradas que llegan a la plaza de una ciudad por calles diferentes. ²³ La nueva fauna social que describe esta narrativa viene siendo algo así como una taxonomía o un carnaval de los sujetos del siglo XXI: macetas, jineteros, balseros, empresarios postcomunistas, disidentes, salseros, rockeros, *dealers*, emigrantes buscavidas, travestis, expolicías..., es decir, toda una picaresca que, como en la España del Siglo de Oro, anuncia la muerte de un mundo y el nacimiento de otro.

La diversificación que supone esa taxonomía contrasta con la homogeneidad cultural del sujeto revolucionario de los años 60 y 70. Dicho sujeto era el *compañero*, una suerte de ciudadano estatal, que resolvía su sociabilidad dentro de una red de aparatos políticos que penetraban, incluso, la vida privada. Es en este sentido que puede hablarse del orden totalitario comunista como otra vuelta de tuerca al modelo cívico republicano. La vocación política del ciudadano en la República se vuelve lealtad al Estado en la Revolución. La nueva narrativa de la diáspora ubica, justamente, en los años 70, la emergencia de una primera marginalidad cultural que quiebra los mecanismos de socialización del orden revolucionario. En la novela *La travesía secreta* de Carlos Victoria encontramos la reconstrucción de ese momento en que los nuevos sujetos descubren que la unidad social de la Revolución es

²⁰ Michel de Certeau, *La escritura de la historia*. México: Universidad Iberoamericana, 1993, pp. 108-115.

²¹ Carlos Ginzburg, *Mitos, emblemas, indicios. Morfología e historia*. Barcelona: Gedisa, 1994, pp. 138-164.

²² Ver Marc Augé, *Los «no lugares». Espacios del anonimato. Una antropología de la sobremodernidad*. Barcelona: Gedisa, pp. 81-118; y Giorgio Agamben, *La comunidad que viene*. Valencia: Pretextos, 1996, pp. 15-16.

²³ Gilles Deleuze, *El pliegue. Leibniz y el barroco*. Barcelona: Paidós, 1989, pp. 155-177.

ficticia, que también en el comunismo «el mundo está dividido, la gente está separada».²⁴

Victoria cuenta las peripecias de un grupo de jóvenes intelectuales, en La Habana de fines de los 60 y principios de los 70, ilustrando, a cada paso, esa fractura moral que se produce entre la Revolución y sus criaturas. Después de vigilancias y castigos, cárceles y suicidios, traiciones y locuras, los personajes terminan localizados en un lugar, que, por estar fuera del Estado totalitario, también está fuera de la Nación. Esta localización extra-nacional es la experiencia que condicionará, en buena medida, el éxodo de más 120.000 personas por el puerto de Mariel en 1980. La taxonomía social de ese exilio aparece esbozada, *a priori*, en la exhaustiva descripción que hace Victoria de aquella comunidad contracultural habanera de los años de la *Ofensiva Revolucionaria*, agremiada, en pequeños círculos, alrededor de la heladería Coppelia:

Pero los grupos de genuina *onda* eran los que abundaban, dispersos en los jardines de la heladería. Se concentraban en bandas, casi siempre alrededor de un capitán: Pedro el Bueno, un mulato de imponente afro, dirigía «Los chicos de la flor»; Raúl Egusquiza, con su guitarra a cuestas, era el líder de «Los sicológicos del Cerro»; Marcelo el Avestruz era el jefe de «Los pastilleros», famosos por su consumo de anfetaminas; Tadeo, más conocido por Abracadabra, era el integrante más destacado de «Los duendes», de los que se rumoraba que mantenían actividades subversivas, como romper teléfonos en el barrio de Marianao; un tal Arturo, al que apodaban Lord Byron, que además de ser cojo se parecía al poeta, presidía «Los morbosos». Éstos últimos eran la vanguardia pensante de aquel remolino juvenil: sus miembros hablaban de cine y poesía, leían a Marcuse y Ortega y Gasset, citaban a Kafka y a Baudelaire... También circulaban por el lugar personajes aislados, como Amelia Gutiérrez, ganadora de un premio nacional de poesía por un libro que nunca llegó a publicarse; José Manuel el científico, expulsado de la carrera de Física por poner en duda la eficacia de la enseñanza en la Universidad de La Habana; el pintor Aguirre y su mujer Berta Torres, ambos de una fealdad pasmosa, que en su afán de imitar a Sonny and Cher recurrían a una ropa estrafalaria que les había ganado el título de «La Pareja Asesina»; el negro Gerardo, que escribía cuentos surrealistas, y que una vez recorrió descalzo el Malecón, de una punta a la otra, con una enorme cruz de madera al hombro, lo que le costó seis meses en la prisión del Morro por escándalo público; Tony el Mexicano, con su pelo lacio y fuerte que le llegaba a la cintura, pero que él recogía sabiamente bajo un sombrero para evitar un mal rato con la policía; Víctor Armadillo, que había dirigido documentales revolucionarios sobre la siembra de caña y la cosecha de café, pero que luego había caído en desgracia por posesión ilegal de dólares; Terencio Pelo Viejo, que alardeaba de haber introducido la Dianética en Cuba, y que en los últimos tiempos se había convertido en asi-

²⁴ Carlos Victoria, *La travesía secreta*. Miami: Ediciones Universal, 1994, p. 413.

duo cliente del Hospital Psiquiátrico de Mazorra; Pablito el Toro, al que muchos consideraban un policía disfrazado de hippie; Ana Rosa la India, mujer enigmática que se acostaba todas las noches con un joven diferente; un afeminado alto y silencioso, de facciones agraciadas, a quien llamaban La Punzó, pues su ropa habitual era una guayabera teñida de rojo y un pantalón del mismo color... Todo este exhibicionismo sin sentido, era una resistencia pasiva... Pero adónde conduciría esta efervescencia, era algo que nadie podía prever.²⁵

La imaginación sociológica que despliega Victoria en esta novela vislumbra, acaso, la oportunidad fallida de un 68 habanero. El principio de enumeración *ad infinitum*, que constituye la taxonomía naturalista, permite, como señalaba Michel Foucault, una «representación duplicada», la narrativa de una «continuidad» cuyo único desenlace puede ser la «catástrofe».²⁶ Esa fragmentación de la sociabilidad revolucionaria en pequeñas cofradías marginales, estructuradas, por cierto, bajo el mismo patrón caudillista del poder, es una imagen recurrente, una especie de sello estilístico de toda la narrativa del Mariel. El propio Reinaldo Arenas, escritor canónico de esa generación, lo plasma en sus memorias *Antes que anochezca*, cuando describe las tertulias literarias que, junto a los hermanos Abreu, celebraba en el Parque Lenin a mediados de los 70.²⁷ En aquellas tertulias, como lo confirma el testimonio de Juan Abreu, surgió la idea de editar una publicación, titulada *Ah, la marea*, que luego, en el exilio, se convertiría en la importante revista *Mariel*.²⁸

El proceso de descomposición moral del sujeto revolucionario, que se inició en los 70, culmina en los 90, con la emergencia de una nueva marginalidad, virtualmente mayoritaria, y un nuevo éxodo, también masivo: el de decenas de miles de balseiros en el verano de 1994. Sería interesante emprender una lectura paralela de las inscripciones de ambas subjetividades en la última narrativa cubana. Más allá de los matices históricos, las dos fragmentaciones de la identidad nacional a que aludimos, la de los 70 y la de los 90, comparten una representación literaria taxonómica que, siguiendo a Foucault, podemos relacionar con el asombro de la escritura ante el espectáculo de la diversidad moral.²⁹ En su deliciosa novela *Máscaras*, Leonardo Padura Fuentes, escritor que reside en la isla, imagina una fiesta *gay*, en un apartamento de La Habana Vieja, como alegoría de un carnaval de la diferencia, en el que conviven los nuevos actores de la sociedad cubana de fin de siglo:

²⁵ Carlos Victoria, *op. cit.*, pp. 293-295.

²⁶ Michel Foucault, *Las palabras y las cosas*. México: Siglo XXI, 1985, pp. 69-73 y 146-151.

²⁷ Reinaldo Arenas, *Antes que anochezca*. Barcelona: Tusquets, 1992, pp. 148-149.

²⁸ Juan Abreu, *A la sombra del mar. Jornadas cubanas con Reinaldo Arenas*. Barcelona: Editorial Casiopea, 1998, pp. 99-101.

²⁹ Michel Foucault, *op. cit.*, pp. 42-49.

Y el Conde supo que en aquella sala de La Habana Viega había, como primera evidencia, hombres y mujeres, diferenciables además por ser: militantes del sexo libre, de la nostalgia y de partidos rojos, verdes y amarillos; ex-dramaturgos sin obra y con obra, y escritores con ex-libris nunca estampados; maricones de todas las categorías y filiaciones: locas —de carroza con luces y de la tendencia pervertida—, gansitos sin suerte, cazadores expertos en presas de alto vuelo, bugarrones por cuenta propia de los que dan por culo a domicilio y van al campo si ponen caballo, almas desconsoladas sin consuelo y almas desconsoladas en busca de consuelo, sobadores clase A-1 con el hueco cosido por el temor al sida, y hasta aprendices recién matriculados en la Escuela Superior Pedagógica del homosexualismo...; ganadores de concurso de ballet, nacionales e internacionales; profetas del fin de los tiempos, la historia y la libreta de abastecimientos; nihilistas conversos al marxismo y marxistas convertidos a la mierda; resentidos de todas las especies: sexuales, políticos, económicos, sicológicos, sociales, culturales, deportivos y electrónicos; practicantes del budismo zen, el catolicismo, la brujería, el vudú, el islamismo, la santería y un mormón y dos judíos; un pelotero del equipo Industriales que batea y tira a las dos manos; admiradores de Pablo Milanés y enemigos de Silvio Rodríguez; expertos como oráculos que sabían quién iba a ser el próximo Premio Nobel de Literatura como las intenciones secretas de Gorbachov, el último mancebo adoptado como sobrino por el Personaje Famoso de las Alturas, o el precio de la libra de café en Baracoa; solicitantes de visas temporales y definitivas; soñadoras y soñadores; hiperrealistas, abstractos y ex-realistas socialistas que abjuraban de su pasado estético; un latinista; repatriados y patriotas; expulsados de todos los sitios de los que alguien es expulsable; un ciego que veía; desengañados y engañadores, oportunistas y filósofos, feministas y optimistas; lezamianos —en franca mayoría—, virgilianos, carpenterianos, martianos y un fan de Antón Arrufat; cubanos y extranjeros; cantantes de boleeros; criadores de perros de pelea; alcohólicos, siquiátricos, reumáticos y dogmáticos; traficantes de dólares; fumadores y no fumadores; y un heterosexual machistaestalinista.³⁰

Aquí, como en aquella clasificación de los animales, según alguna «enciclopedia china», que cita Borges en *El idioma analítico de John Wilkins* lo decisivo es la *taxinomia* y no la *mathesis*, la desagregación de la comunidad nacional en una microfísica civil y no la síntesis de los valores hegemónicos que determinan una identidad.³¹ Al igual que Victoria, Padura proporciona, con su narrativa, todo un registro de nuevos actores que ejercen una política radical de la diferencia, encaminada a configurar el territorio de una ciudadanía históricamente inédita. Aunque ambos autores no tratan en sus novelas el tema de la diáspora, el hecho de que el campo literario cubano se disponga como lugar

³⁰ Leonardo Padura Fuentes, *Máscaras*. Barcelona: Tusquets, 1997, pp. 143-144.

³¹ Michel Foucault, *op. cit.*, pp. 77-82.

de inscripción para sujetos tan diferenciados es, al decir de Ginzburg, un «signo indicial» de la constitución de ciudadanos postnacionales.³²

Los sujetos emergentes de esa comunidad virtual figuran también en la representación literaria del éxodo. En los últimos años hemos visto cómo el arquetipo social del exiliado comienza a poblar las nuevas ficciones. En la ingeniosa novela *La piel y la máscara* de Jesús Díaz, el personaje de Lidia, que debe ser representado por la actriz Ana, es una inmigrante cubana en Nueva York que regresa por primera vez a la isla después de veinte años. El texto, que se asume como la reescritura de un guión y como las memorias de un rodaje, encara despiadadamente el dilema de la identidad nacional del exiliado. Ana, la habanera *new yorker*, es una figura doblemente ficticia, ya que es un personaje del guión y de la novela. Cuando el Oso, escritor y director del filme, quiere corregir el aspaviento de la actriz le dice: «más bajito, estás en un hospital y no eres exactamente cubana, vienes de Nueva York».³³

El paso, a través de la ficción, de ese personaje del exilio, que no es «exactamente cubano», al personaje de la diáspora, que es, más bien, «demasiado cubano», puede ilustrarse con la novela *Café Nostalgia* de Zoe Valdés, que apareció un año después de *La piel y la máscara*. Aquí se narra la historia del desencuentro y el reencuentro de un grupo de amigos cubanos que ahora se hallan dispersos por el mundo: en Buenos Aires, Miami, Tenerife, México, Nueva York, La Habana y París.³⁴ En un momento de la novela, Zoe Valdés transcribe varios mensajes telefónicos que dejan sus amigos en la contestadora de Marcela, el personaje narrador, que es un visible *alter ego* de la autora. Algunos dicen desde donde hablan, como si marcaran con puntos rojos el mapamundi de la diáspora: «sigo en Quito», «ando por Brasil», «en Nueva York todo bien», «te habla Oscar desde México», «hace un tiempo estupendo en Tenerife...»³⁵ Sólo dos personajes no mencionan su lugar: Andro, que vive en Miami, y la madre, que vive en La Habana —¿será porque ambas ciudades son las zonas impronunciables del adentro?—.³⁶ Sin embargo, todos quieren darle a su amiga alguna noticia de Cuba, cifrando, así, la huella de un vínculo territorial en la memoria.

Esos personajes de *Café Nostalgia*, actores de una diáspora reciente que, como fragmentos a su imán, fijan en la evocación el horizonte de sus confluencias, son los mismos que Eliseo Alberto reproduce, en largas listas, al final de *Informe contra mí mismo*.³⁷ Ambos libros, dentro y fuera de la ficción, están atravesados por una política de la memoria muy similar: aquélla que

³² Carlo Ginzburg, *op. cit.*, p. 15.

³³ Jesús Díaz, *La piel y la máscara*. Barcelona: Anagrama, 1996, p. 217.

³⁴ Zoe Valdés, *Café Nostalgia*. Barcelona: Planeta, 1997, pp. 21-25.

³⁵ *Ibid.*, pp. 127-129.

³⁶ Ver Michel Foucault, *El pensamiento de afuera*. Valencia: Pretextos, 1997, pp. 7-14.

³⁷ Eliseo Alberto, *Informe contra mí mismo*. México: Alfaguara, 1997, pp. 178-287.

todavía patalea por preservar cierta fijeza simbólica de la nación en medio del frenesí centrífugo de los 90; sea a través de la nostalgia, del cinismo o de la disidencia. Aún así, el paso de una diáspora incómoda a una plena dislocación territorial puede ser tan breve que el propio Eliseo Alberto parece darlo en su novela *Caracol Beach*. Aquí el lugar mismo se ha convertido en una ficción postnacional, habitado por criaturas caprichosamente híbridas, que parecen sacadas de aquel sueño de la raza cósmica de don José Vasconcelos: militares hawainos retirados, pescadores haitianos blancos, jóvenes de la generación YUCA (*young urban cuban american*), veteranos de la guerra de Angola, cubano-americanos, chicanos, texanos, panameños, catalanes y hasta un gay armenio, dueño del exitoso restaurant *Los Mencheviques*.³⁸

La misma estructura del relato taxonómico, que en Padura y en Victoria permite testificar la fragmentación del cosmos nacional en lugares menos fijos, donde habitan sujetos más móviles, le sirve a Eliseo Alberto para describir la antiutopía de la nacionalidad. Caracol Beach es esa «comunidad postnacional que viene», poblada de ciudadanos con orígenes diversos, identidades traslaticias y destinos electivos.³⁹ No se trata, en modo alguno, de la certeza de una prospección sociológica. El lado profético de la literatura le debe más a las insinuaciones del presente que a los escenarios del futuro. El filósofo inglés David Miller, quien ha escrito la más persuasiva defensa del nacionalismo a fines de este siglo, reconoce con lucidez que, aunque el principio de la nacionalidad no sufra una decadencia irreversible, eso que los modernos hemos llamado *nación*, durante casi doscientos años, será cada vez más parecido a una miniatura del mundo.⁴⁰ De ahí que los indicios literarios de una ciudadanía postnacional en Cuba tal vez no sean más que el vislumbre, acaso fallido, de una nación sin nacionalismo.

³⁸ Eliseo Alberto, *Caracol Beach*. Madrid: Alfaguara, 1998, pp. 337-357.

³⁹ Ver Engin F. Isin, «Who is the New Citizen? Towards a Genealogy», en *Citizenship Studies*. Carfax Publishing Company, Vol. 1, Number 1, 1997, pp. 115-132.

⁴⁰ David Miller, *Sobre la nacionalidad*. Barcelona: Paidós, 1997, pp. 223-237.